

En el corazón del barrio de negocios que rodea la bolsa de París, un pequeño bistró resiste heroicamente a la crisis. ¿Su receta? Colgar el cartel de... ¡rebajas! Sí, sí, como en los grandes almacenes. De hecho, las Galerías Lafayette no están muy lejos. Además de ofrecer un simpático local estilo loft de Manhattan y ambiente desenfadado, en La Cantoche Paname el café cuesta un 25% menos (de 2,20 a 1,65 euros), la jarrita de vino sale un 30% más barata (8 euros en lugar de 11), el plato del día ha pasado de 14 a 12 euros y cada mediodía una de las propuestas de la carta se rebaja un 20%.

«La gente lo agradece. De hecho, la idea la proporcionó una cliente habitual», comenta divertido Lionel Pigeard, uno de los dos propietarios del local situado en el cruce entre las calles Montparnasse y Reaumur. «¿Por qué la restauración no podría aprovechar esta gran operación popular destinada a aumentar el consumo?», justifica el joven patrón con

CRÓNICA DESDE
PARÍS



ELIANNE
Ros

El éxito de los menús anticrisis

un aire decididamente canalla.

«No es que no notemos la crisis, en este momento todo el mundo vigila lo que gasta, pero la parroquia se anima más a venir», admite sin ambages. Por si las rebajas no son lo bastante atractivas, ha añadido un menú anticrisis: hamburguesa de la casa con patatas más café a 10 euros. Al menos su local está animado.

No pueden decir lo mismo los restaurantes de alto copete. Mientras los que ofrecen menús razonables –entre 20 y 30 euros se consideran precios aceptables– mantienen la forma, las mesas donde el cubierto



►► Lionel Pigeard, ante su bistró.

sale a un mínimo de 100 euros por cabeza se ven muy solitarias. Algunos expertos han empezado a preguntarse hasta cuándo aguantarán sus exorbitados gastos los establecimientos con dos o tres estrellas en la Guía Michelin.

Luego están los que revientan el mercado. Porque si en La Cantoche Paname las rebajas son apetitosas dentro de un orden, otros van directamente a la liquidación. No por ruptura de estoc, sino de clientela. La Chope du Château Rouge, en el popular distrito XVIII, ofrece con la consumición una ración de cuscús gratis dos días a la semana. Y claro, los viernes y sábados por la noche la cola llega hasta la esquina. ¿Sale a cuenta? «La operación es rentable a partir de 60 cubiertos», asegura el responsable, Abel Benyahia.

La crisis también ha animado a los parisinos a frecuentar más sus propios fogones y a redescubrir los platos sencillos y baratos, sin las florituras a las que se habían entregado con total desmesura. El mejor in-

dicador de esta tendencia es el éxito editorial de *Cocina, mil recetas*, de Françoise Bernard. En solo tres meses, esta ama de casa de 87 años que enseña a cocinar a las mujeres trabajadoras ha vendido 9.000 libros.

Con la estrechez económica llega también el auge del *drunch*, contracción de *diner* (cena en francés) y *lunch* (almuerzo en inglés). Igual que el *brunch* –mezcla de desayuno y al-

Un bistró se ha lanzado a las rebajas al estilo de los grandes almacenes

muerto en desuso por esnob–, el *drunch* se practica en domingo. Reúne a familias o amigos de preferencia en casa –aunque algunos locales ya se han lanzado– alrededor de una merienda-cena informal. Y el lunes a madrugar, que los tiempos no están para muchas alegrías. =

INICIATIVA PACIFISTA EN ORIENTE PRÓXIMO

Voces contra las bombas

Un palestino de Gaza, 'Peace Man', y un israelí de Sderot, 'Hope Man', se hicieron amigos en un encuentro de jóvenes = Hoy, separados por la frontera, comparten un 'blog'

CARINE MANSOUR
BARCELONA

De un lado y otro de una de las fronteras más violentas del mundo, el millón y medio de habitantes de Gaza están a un kilómetro de los 20.000 del pueblo israelí de Sderot. Una barrera les separa, totalmente hermética desde que Hamás se apoderó de la franja e Israel la bloqueó en el 2007. Gaza está superpoblada por los refugiados de 1948 –y sus descendientes–, que fueron expulsados por los israelíes que construyeron Sderot y otros pueblos y ciudades de lo que es hoy Israel.

Desde la Intifada del 2000, dialogan a golpe de bombas y cohetes. Viven en el miedo, caldo de cultivo del extremismo que fomenta la violencia. Un círculo vicioso cuyos decibelios bastan para dejar sordo. Pero existe otro diálogo. Es tímido, como las voces ante las bombas. Lejos de mediadores interesados, surge de la propia sociedad. Unos ciudadanos apuestan por él como vía hacia la paz. De ahí nació la amistad entre un palestino de 35 años, estudiante de Administración Pública, vecino de Saídaia (este de la ciudad de Gaza), y un israelí de 40, padre de familia, técnico de alta tecnología y que vive en Sderot. Ambos hablan inglés y se parecen, no solo en la altura (1,75 m) y el color del pelo (oscuro), sino también en sus sueños.

Proyectos conjuntos

Se conocieron en el 2006 en un encuentro del Centro para los Futuros Emergentes (CFE), una onegé que desde el 2004 organiza hasta



►► Diálogo ► Jóvenes israelíes y palestinos, en un encuentro del Centro para los Futuros Emergentes.

LA PREGUNTA

«¿Por qué tantos civiles deben pagar un precio tan horroroso por la incompetencia de nuestros líderes?»

seis reuniones al año entre palestinos e israelíes para que se estrechen lazos de amistad y nazcan proyectos conjuntos. Ellos soñaban con fundar una colonia de vacaciones para niños. Pero el cierre de la franja les obligó a renunciar. Al no poder verse, crearon, en enero del 2008, un blog, *La vida debe seguir en Gaza y Sderot* (<http://gaza-sderot.blogspot.com>). Allí, el palestino Peace Man (Hombre de Paz) y el israelí Hope Man (Hombre de Esperanza) –que no quieren desvelar su identidad ni hablar con la prensa– compartían impresiones, entre ellos y con el mundo.

Durante la contienda, las comunicaciones con la franja eran muy difíciles. No había electricidad y no

siempre Peace Man lograba recargar su móvil. El blog adquirió así más importancia. Bajo el fuego, Peace Man y Hope Man resistían a su manera. «La violencia llevará a más violencia», opinó el primero al estallar la guerra. «Es un gran error –contestó Hope Man–. Pero no me extraña que haya tantos israelíes que la apoyen (...) tras 8 años bajo los cohetes». En pleno conflicto, el israelí lograba pensar en mañana. «Tras la guerra deberemos hallar un nuevo principio», difundió. Mientras, su amigo palestino caía en la desesperación: «Espero que tenga la oportunidad de escribirte otra vez». «¿Por qué tantos civiles deben pagar un precio tan horroroso por la

estupidez y la incompetencia de nuestros líderes?», se preguntó a su vez Hope Man. Solo con la tregua Peace Man se permitió tener esperanza: «Espero que sea el principio de un nuevo futuro».

Más allá del blog, esta es la historia de dos seres humanos que han compartido momentos memorables. Su amigo Danny Gal, el coordinador del CFE, recuerda algunos. En el 2007, él y Hope Man llevaron a Peace Man a los lugares sagrados de Jerusalén. El mismo año, estando los tres en casa de Hope Man, sonó la sirena y tuvieron que meterse en un refugio. Peace Man supo qué es estar bajo los cohetes.

La tragedia del bloqueo

En cambio, Hope Man no ha podido sentir cómo es la vida bajo ocupación israelí. Fue a Gaza solo una vez, en 1995. «Le gustó mucho», cuenta Gal. No ha podido repetir. En el 2000 estalló la Intifada.

Y en el 2007 se cerró la franja. Como Peace Man, un millón y medio de personas están atrapadas en Gaza desde entonces. «Esa es la mayor tragedia», opina el coordinador. Peace Man hacía un máster en la República Checa. Regresó a trabajar un tiempo para poderse pagar la carrera. Ahí sigue, y además en el paro, ya que el bloqueo ha colapsado la economía de la franja. Su amigo israelí intentó ayudarle a salir, sin éxito.

Quizá si se multiplican los lazos un día se rompa el círculo vicioso. Pero el sueño de paz de Peace Man, Hope Man y los demás lo matiza una lectora del blog: «Que palestinos e israelíes hablen no basta. El camino hacia la paz y hacia la seguridad de Israel pasa por la justicia para Palestina».

«Prefiero no hablar de justicia, ese concepto no cala aquí. Pero como seres humanos, todos queremos una familia, un trabajo, vivir seguros, soñar, amar. Son cosas que compartimos», afirma Gal. Entretanto, de un episodio de violencia a otro, los lazos son como una gota en el océano, que hoy es un océano de sangre. =